

Creer en Hitler

El triunfo de la fe y la sumisión
sobre la libertad

Carlos Alarcón

Aconcagua Libros
Sevilla, 2016

LABORATORIO DE IDEAS Y PRÁCTICAS POLÍTICAS
CENTRO OFICIAL DE INVESTIGACIÓN DE LA UNIVERSIDAD PABLO DE
OLAVIDE DE SEVILLA

© Carlos Alarcón Cabrera
© Edita: Aconcagua Libros (Sevilla, 2016)
ISBN: 978-84-945049-1-4
Depósito Legal: SE 1334-2016

Diseño cubierta: Manu López

E-mail: infoaconcagualibros@gmail.com
www.aconcagualibros.net

Presentación

En el presente libro pretendo poner de manifiesto el vínculo *cuasireligioso* que unió a Hitler con los alemanes durante el periodo de entreguerras y la segunda guerra mundial, y cómo este vínculo le empujó a pretender llevar a cabo una *revolución cultural* que enterrara el pasado y creara un *nuevo hombre* alemán. Trataré de explicar cómo sus continuas referencias al *destino* y a la *historia* se materializaron paradójicamente en acciones *destinadas* a acabar con la propia *historia*.

Este vínculo sólo es explicable atendiendo precisamente a la historia de las últimas décadas del Imperio alemán, que cayó gracias al desarrollo y al desenlace de la primera guerra mundial, y a las decisiones finales de los enemigos de Alemania. Durante estos convulsos años las tendencias políticas unificadoras se movilizaron exitosamente y culminaron con la creación del *II Reich*, merced sobre todo a la iniciativa de Prusia, y en concreto de Bismarck. Los alemanes que vivieron el intenso siglo XIX eran mayoritariamente herederos de la tradición cultural y religiosa reformista, decisiva para entender la lenta penetración de las ideas ilustradas en Alemania. Como demostró Weber, la influencia luterana y calvinista fue determinante para el nacimiento del *espíritu capitalista*, pero contradictoriamente no evitó que en Alemania la irrupción del industrialismo fuera tardía, lo que además contribuyó a retrasar la llegada del liberalismo político.

Weber no pareció sin embargo percibir la importancia que tal influencia tuvo también en el *apego* casi obsesivo de los alemanes a los poderes establecidos, presupuestos como extensión terrenal de la autoridad divina. Este entramado autoritario casi indistinto, que abarcaba lo religioso y lo político, representó un factor de inhibición que fomentó la parálisis y el sometimiento ante el Kaiser, como prolongación de la fe irracional y sumisa en Dios que predicaban el luteranismo y el calvinismo. Y permitió que varias generaciones seguidas de alemanes estuvieran dispuestas a entregar su libertad a un *guía* salvador, a un *Führer* que los conduciría hacia la gloria y hacia la verdadera felicidad. El vínculo que enlazó a Hitler con los alemanes derivó del *vértigo* que éstos sintieron como consecuencia de su conquista de la libertad política tras siglos de autocracia imperial, de una libertad que tras la derrota en la guerra no sólo vino acompañada de la desaparición del Imperio, sino también de

la vertiginosa revolución espartaquista, de la humillación del Tratado de Versalles y de la desestabilizadora hiperinflación. Pero este vínculo, como subrayó Fromm, no sólo constituyó una insensata tabla de salvación para el pueblo alemán, sino también para el propio Hitler. Fue un vínculo simbiótico marcado por las tendencias sádicas y masoquistas de un desarraigado austriaco provinciano que, sobre todo desde que muy joven llegó a la cosmopolita y desbordante Viena imperial, también buscaba desesperadamente algo que diera *sentido* a su vida, alguna respuesta para sus graves dificultades de sostenerse existencialmente como un ser libre, capaz de vivir plenamente a pesar de su aislamiento natural como ser individual.

A mi juicio es entonces imprescindible para entender lo que ocurrió adentrarse en la naturaleza de los mecanismos de evasión mediante los cuales Hitler y los alemanes se encadenaron mutuamente, confiando en superar de esta manera sus sensaciones de angustia e impotencia ante una realidad externa que les hacía sentirse minúsculos e insignificantes. El desequilibrio emocional derivado de estas sensaciones provocó que se estructurara una compleja red de relaciones de dominio y sumisión entre el *Führer* y sus seguidores, que adquirió un tinte casi religioso. Sólo así puede comprenderse el éxito, al menos parcial, de la revolución cultural de Hitler, comparable, a pesar de los específicos factores que la mediataron, a la que Mao impulsó en China casi medio siglo después con unos efectos devastadores similares en algunos aspectos, y que incluso trató de exportar a otros países del sudeste asiático.

Este libro se centra en estudiar cómo la *sumisión* a Hitler y la *fe* en él anuló la *libertad* de los alemanes, precisamente en el momento histórico en el que, tras la caída del Imperio y la difusión de las ideas y prácticas democráticas, se cumplían las condiciones externas para que tal libertad pudiera existir. No obstante, el análisis del fenómeno del nazismo se plantea de una forma instrumental para ejemplificar la facilidad con la que los seres humanos tienden a renunciar a la libertad. Justo en 1941, cuando la figura mítica de Hitler se encontraba en su cénit, Fromm profundizó en las razones de esta tendencia resaltando el enorme *miedo a la libertad* que frena la capacidad natural humana hacia la espontaneidad y la riqueza espiritual. En ese momento Alemania se veía como segura ganadora de la guerra. A lo largo de 1940 el ejército alemán había ido ocupando, o al menos controlando, la mayoría de los países europeos. Obedecía las órdenes de Hitler, obsesionado entonces por encontrar la

forma de invadir Gran Bretaña y decidido a traicionar a Stalin e iniciar la invasión de la Unión Soviética.

Desde que alcanzó el poder en 1933, Hitler había implantado un régimen dictatorial y represivo en Alemania, había desafiado a Francia y al Reino Unido anexionándose Austria y los Sudetes e incumpliendo las prohibiciones de rearme, había provocado el comienzo de la guerra con el pacto Molotov-Ribentrop y la invasión de Polonia, y estaba llevando a cabo una campaña de hostigamiento, persecución y esclavización de los judíos y de otras minorías étnicas, aunque no había llevado todavía a la práctica la *solución final*, pendiente de si una invasión completa del territorio soviético le hiciera decantarse por el exterminio previo de millones de eslavos para ensanchar el *espacio vital* alemán. Y en ese sísmico contexto un alemán como Fromm fue capaz de tomar la suficiente perspectiva para profundizar en las raíces psicosociológicas del nazismo.

Desde entonces, no sólo han sucedido muchísimos acontecimientos de relevancia, sino que sobre todo se ha alcanzado una perspectiva que sirve para interpretar mejor las dificultades del progreso en lo que concierne a la libertad humana. En cierto modo mi trabajo pretende complementar y desarrollar el certero análisis de Fromm subrayando uno de sus principales puntos: los principales escollos con los que se encuentra el individuo para ser libre no son exclusivamente externos, no provienen sólo de autoridades políticas, religiosas, morales, sociales, ..., sino que resultan de la combinación de éstos con los que internamente ha ido creando según haya sido su relación con el entorno humano y natural desde sus primeros años de vida. Por ello, la primera parte del libro se refiere a las dificultades para el logro de la libertad; es decir, a las causas profundas por las que resulta tan difícil ser verdaderamente libres, algo que no puede achacarse únicamente a las formas políticas autoritarias que han dominado y casi exclusivizado la historia de la humanidad, ni tampoco a las contradicciones de la *libertad* liberal y burguesa que emerge tras la revolución francesa, sino que se explica sobre todo si dirigimos la mirada al interior de los seres humanos, a sus dificultades para superar la *angustia de la individualidad*, la sensación de impotencia y pequeñez ante el entorno que surge cuando se diluyen los vínculos individuales primarios.

Los diferentes modos de afrontar estos inevitables dilemas existenciales en el contexto europeo del convulso siglo XIX, marcado por una

tendencia desigual al liberalismo político y por el desarrollo súbito del industrialismo en Gran Bretaña, que con varias décadas de retraso llegó al resto de Europa, estuvieron determinados por los elementos religiosos presentes en las diferentes sociedades europeas, en el caso alemán mayoritariamente reformistas. La cultura del luteranismo acentuó la importancia de la dedicación absoluta y exclusiva al trabajo como mejor forma de cumplimiento de los mandatos divinos, sirviendo así para *construir* seres sumisos ante Dios, y por extensión ante unas autoridades políticas frente a las que sólo cabía la obediencia. Así se *prepararon* los alemanes para reaccionar ansiosa, neurótica e irracionalmente cuando, tras el hundimiento del secular poder imperial, un nuevo *mesías* les prometió un futuro glorioso. El ejemplo paradigmático de la irrupción del nazismo, en el que se centra la parte segunda del libro, representa entonces hasta cierto punto la continuación *lógica* de la *complicada* historia política y *psicológica* de la nueva Alemania, después de que en sólo medio siglo pasara por la unificación, la radical transformación social producida por el industrialismo y la urbanización, la participación en el imperialismo colonial, y la desestabilizadora derrota en la primera guerra mundial, con sus impactantes efectos económicos, políticos, sociales y morales.

También la parte tercera del libro constituye un intento de mostrar la trágica *coherencia* de lo acontecido en Alemania durante los doce años en los que Hitler se mantuvo en el poder, respecto a los precedentes que se habían manifestado a lo largo del periodo de la República de Weimar. En esos años casi *ahistóricos*, los conflictos emocionales de un desequilibrado, necesitado de descargar su agresividad contra algún objeto, repercutieron en las vidas (o en las *muertes*) de los hombres y las mujeres de casi todo el mundo. Progresiva e insaciablemente, Hitler se valió del poder que poseía para materializar sus fines sádicos de dominio, control y destrucción hasta que, cuando las circunstancias externas le frenaron, pasó a dirigirse contra el objetivo más fácil que tenía a su alcance: contra sí mismo y contra la propia Alemania.

Finalmente, en la parte conclusiva del libro trato de explicar por qué la experiencia nazi y hitleriana no es sólo *historia* del pasado. Hitler no fue una excepción histórica. El panorama que nos muestran las siete décadas posteriores a 1945 está lamentablemente repleto de escenas de destrucción y sadismo, generadas en mayor o menor medida por la necesidad de ser protegidos por figuras autoritarias, por *dioses* a los que,

como al Dios de Calvino, se les *quiere* porque se les *teme*, porque son despiadados e implacables, por su capacidad de castigar y ajusticiar. Ni siquiera en los países del *norte*, el bienestar económico y la aparente consolidación de la democracia y del estado de derecho se han traducido en un mejor aprendizaje de la *libertad* como reconocimiento de la rica y distintiva individualidad de cada ser humano. Como punto de partida, y no de llegada, desde el cual construir una experiencia vital basada en la felicidad, la creatividad y la sociabilidad en tanto que efectos de la riqueza de la diversidad. En definitiva, la *libertad* como algo que no hay que temer, sino sentir, cuidar, transmitir y desarrollar.

Son muchos los que me han ayudado a profundizar en la fenomenología del nazismo y de su Führer. Sin ellos no hubiera sido capaz de centrarme durante el tiempo que he dedicado a escribir este libro en los aspectos más repulsivos y desasosegantes de la condición humana. Aunque no hay espacio aquí para citar a todos, no quiero dejar de mencionar a osé I. Díaz, Hamutal R. Fuchs, Juan A. García Amado, Jorge Klainman, Teresa Kleinman, Isabel Lucena, Francisco Martín, Cristina Osuna, Rafael Rodríguez Prieto, Javier Sádaba, Ramón Soriano, José M. Seco, Irene Alarcón, Alicia Alarcón y Carlos Alarcón.